

XIX

La policía del señor barón.

Aquella visita tardía que se presentaba en el hotel Mosés, á las doce de la noche, debía tener gran libertad en la casa.

La media noche no es la hora ordinaria para visitar á los hombres de negocios.

Sin embargo, hay que confesar que no se explicaba á primera vista el favor de que disfrutaba aquel personaje.

Su aspecto no tenía nada de simpático.

No hubiera podido decirse por qué, pero el hecho es que desagradaba.

Sus vestidos no eran la causa de aquella mala impresión.

Un ministro ó un senador no hubieran llevado un gabán más correcto, ni un sombrero de copa más reluciente.

Nada se veía en él que pudiera criticarse.

Brichard era vigoroso y fuerte, de anchos hombros y bien seguro sobre las piernas, sólidas como dos columnas.

Pero el rostro inspiraba desconfianza, y á nadie le hubiera gustado encontrarlo en la oscuridad, alrededor de las fortificaciones ó en medio de un bosque.

Este Brichard, Valentín Andrés, según declaraba su estado civil, había nacido en Picardía durante los días de la paternal monarquía de Luis Felipe.

—¡Hola, Brichard!—dijo el barón cuando le distinguió;—acérquese usted.

El recién llegado se apresuró á obedecer, con el sombrero en la mano, colocándose delante de la mesa del barón, en una actitud de servil obediencia.

—Veamos—prosiguió el barón—en resumen, ¿hay algo de nuevo?

—Así lo creo, señor barón.

—¿Pero no está usted seguro?

—Suplico al señor barón que sea indulgente; el asunto es bastante difícil.

—Todos los asuntos dan que hacer, Brichard.

—Más ó menos, señor barón.

—Cuando no se consigue lo que se desea, es que no hay aptitud para ocupar la plaza, y se pierde.

Aquello era una amenaza.

Brichard tuvo por un momento la intención de sublevarse, pero se contuvo y replicó con tono melífluo:

—El señor barón no querrá privarse de los servicios de un agente que le es tan afecto como yo, y... me atrevo á decirlo, de un bueno y fiel empleado.

El barón se sintió ofendido.

—Buen empleado—dijo—á fé mia que no lo demuestra usted. Para una vez que le he encargado de una comisión por la que demuestro el mayor interés, no ha conseguido usted nada. Es preciso triunfar... El éxito, yo no conozco más que eso... sinó...

—¡Bien!—exclamó Brichard, animándo-

se; es que esa comisión no la desempeñaría el diablo en persona.

—Vamos, vamos, que no es tanto. Encontrar una joven que ha abandonado su país para ocultar una falta y ganarse la vida. ¿Es tan difícil? Y hace ya seis meses que anda usted con ello. ¿A quién le vá usted á hacer creer que eso es imposible? Nada, nada, es que usted no despliega su actividad, ni su inteligencia, ni siquiera buen deseo. ¡Y si yo le negase á usted el dinero!... pero ¡si se lo doy sin medida! ¿Sabe usted cuanto me cuesta la policía? Yo puedo decírselo al céntimo.

—El señor barón es bastante rico para poder sostenerla. ¿Qué son para usted cien mil francos. Lo que un sus para los demás.

—Bueno, volvamos á esa joven—dijo el banquero tranquilizándose.

—El señor barón sabe dónde habíamos perdido su pista. Tomó su billete en Montrejeau para Burdeos; aquí ha debido detenerse, y á partir de este instante no tenemos noticias suyas.

—Está en París.

—¿Lo cree así el señor barón?

—Seguro. París es un mar donde todo llega. El depósito que lo encierra todo.

—Esa es también mi idea. Sin embargo, he buscado bien en Burdeos, por lo que pudiera ocurrir... Después he registrado á París por todas partes. He empleado los hombres más astutos que tengo á mi servicio. Por todas partes nos han auxiliado, gracias al dinero. ¡Nada!

Hasta tal punto he llegado á desanimarme, que he tenido la convicción de que la tal joven ha muerto.

—En Marignac, en su propio país, no están mejor informados. Arros ha preguntado directamente á su hermana, á su tía, á sus amigos. Nada. En el correo no se ha recibido ninguna carta suya; estoy seguro.

—Entonces estamos como antes—dijo el banquero rechinando los dientes.

—Perdón; en ese caso no hubiera molestado al señor barón á semejante hora.

—Al grano.

—A eso voy. Tengo una hermana que vive en los Clayes; ¿el señor barón sabe dónde digo?

—Perfectamente; más allá de Saint Cyr, en el camino de Hondan.

El pueblecito es muy alegre, muy lindo. Al lado hay un palacio. Mi hermana ocupa una modesta casa que nos legó una tía. Vive de una pequeña pensión que yo la paso. Es bastante mal formada, fea y algo contrahecha, lo que no la impide ser en extremo maliciosa y tener un carácter endemoniado. ¿El señor barón se entera?

—Siga usted.

—Esta hermana vino á mi casa hace poco. Yo había salido y estuvo esperándome. Quería recoger su pequeña renta, porque no la gustan, como ella dice, las gallinas que tardan en poner. Como yo me iba retrasando, empezó á registrar á

derecha é izquierda á ver si encontraba los cuartos. Haciendo ésto, tropezó con una fotografia de la joven de Marignac, que pude adquirir en Tolosa en casa del fotógrafo que suele ir á Luchón por los veranos. El señor barón se acordará del trabajo que me costó adquirirla. Cuando yo llegué, á las nueve próximamente, la pobre jorobada estaba contemplando aquella pequeña imagen, que parecía interesarla extraordinariamente.

Brichard se detuvo un momento fatigado.

—Vamos, vamos pronto—ordenó el barón con impaciencia.

—Descontento de aquella indiscreta curiosidad, la pregunté de mal modo.—¿Qué estás haciendo?—Ya lo ves, mirando.—¿Dónde has cogido esa fotografia?—Donde estaba.—¿Y qué tiene, que tanto te interesa?—La miro, porque quisiera parecerme á ella y no sería tan desgraciada.

Brichard se interrumpió:

—El señor barón habrá comprendido por estas palabras que Melania, pues se llama así, no tiene escrúpulos.

—A concluir—dijo el barón.

—Ya llegamos, no se impaciente el señor barón. Traté de quitarla el pequeño retrato, pero ella se obstinaba en contemplarlo. Por fin la oí murmurar con una voz que no és más armoniosa que su persona.—Me parece que conozco al original de este retrato. Sí, podría jurarlo.

Aquello era un rayo de luz.

—¿Tú?—la dije.

—Sí, yo, Melania Brichard.

—¡Imposible!

Melania es poco agradecida. Me miró de un modo que no me anunciaba nada bueno. A pesar de mis beneficios, estoy seguro de que me detesta. Verdad es que detesta á todo el mundo.

—Y ¿por qué ha de ser imposible, señor Valentín?—me dijo.

—Es una idea mía.

—Pues bien, te engaña esa idea. Conozco muy bien á esta joven; pondria las manos en el fuego.

—Créeme—la dije,— estás equivocada; este retrato es reproducción de un cuadro que el señor barón tiene en Luchón: es una cabeza de fantasía.

—¡Embustero!—dijo Melania.—A mí no me la das. ¿Cuando te digo que la he visto!

—Dónde?

—Pues, en las Clayes.

—Por ejemplo, verdad?...

—Y no te creas que hace tanto, pues fué el domingo pasado por la mañana.

—¡Absurdo!... Tú estás loca.

—Sí; aunque lo parece...

—Tú has soñado.

—Picada en lo vivo, Melania, que no tolera que la contradigan, me contó la siguiente historia:

El viejo banquero contemplaba con extraña atención la cara afeitada y astuta del agente.

Brichard explicó con muchos detalles que hacía algunas semanas, una vecina de su hermana, cuya única riqueza consistía en una pequeña casa, un establo, dos vacas y un campo de tres fanegas escasas, que su marido, trabajador del país, había ido amasando á fuerza de trabajos, tenía en su casa, criándole, un niño de pecho que la habían entregado por mediación de una comadrona de París.

El domingo anterior, Melaina Brichard había visto á una joven muy pálida y vestida con sencillez atravesar la única calle del pueblo y dirigirse á casa de su vecina, que se llama Marta Vincent.

La joven llevaba un velo muy tupido; pero la jorobada, impulsada por la curiosidad, se arregló de modo que pudo verla en el campo cuando se dirigía á la estación.

—Está dispuesta á jurar que es el original de la fotografía.

—A menos de un extraordinario parecido, Benedetta Soubère está encontrada.

—Melania es una mujer que no se engaña; sus ojos son tan seguros y penetrantes como los de un águila.

El barón Mosés, con la cabeza entre las manos, reflexionaba.

Todo aquello estaba en armonía con lo que sabía de antemano.

Si Benedetta había abandonado su país para ocultar su vergüenza, nada más natural que hubiera acudido á los cuidados de una comadrona y buscado una nodriza.

El barón echaba la cuenta por los dedos.

Desde agosto á junio habían trascurrido diez meses.

—¿De modo que había perdido á aquella desgraciada y había destruído su porvenir, sus esperanzas, su felicidad!

¡Estaba en París abandonada, sin recursos, con un hijo que criar y que sostener!

¡No esperaba tanto!

—Ya había yo dicho que sería mía, sólo mía—pensaba.

Y dijo, dirigiéndose á Brichard:

—¿De modo que usted cree que su hermana no se equivoca?

—Seguramente que no, señor barón.

—¿Cuánto facilita usted al año á esa desgraciada?

—Ochocientos francos.

—Tiene usted que subir á mil doscientos; yo pago.

—Es inútil, señor barón; mi hermana es en extremo avariciosa y no gasta ni la mitad de lo que la entrego.

—Bueno, haga usted lo que quiera, ¿y mientras tanto?

—Ya conocemos el nido, nada más fácil que coger á la madre. ¿El señor barón sigue en la misma idea?

—Más que nunca.

—Pues no tardaré en traer noticias definitivas.

—Cuando fué á las Claves, ¿iba sola?

—Sola completamente.

—Su hermana Melania, ¿no ha visto entrar en casa de la nodriza á otras personas?

—A nadie.

El barón respiró con satisfacción y Brichard le oyó murmurar entre dientes:

—Por fin.

El reloj dejó oír un solo golpe.

—La una y media—dijo Brichard—no quiero cansar inútilmente al señor barón. ¿Tiene usted algunas órdenes particulares que comunicarme?

—Nada, que averigüe usted lo más pronto posible el domicilio de esa joven.

—Dentro de algunos días será usted servido. Puede el señor barón estar tranquilo.

El banquero sacó de su pupitre dos billetes de mil francos y se los entregó al agente con el mismo desprecio con que un criado deja una moneda de cobre en la bandeja de un ciego.

—Tome usted, Brichard, por la noticia.

El polizante se inclinó hasta el suelo.

Sujetó prontamente los preciosos papeles y los deslizó en su bolsillo.

El agente se retiró saludando al banquero como los indios saludan á Vischnou ó Brahma.

—Gracias á Dios—murmuró el banquero—yo creía que no íbamos á concluir nunca. Este bribón de Brichard sirve para el caso.

XX

Desolación.

La huida de Benedetta había sumido á su hermana Marieta en el más profundo estupor.

Al encontrar el cuarto vacío y enterarse de la carta de la fugitiva se vió acometida por uno de esos dolores cuyas huellas no se borran nunca.

Era la primera vez que una catástrofe tan inmensa se abatía sobre aquella familia de gentes pacíficas, tan queridas de sus vecinos, y que se contentaban con tan poco.

El primer pensamiento de la joven fué salir en busca de su hermana, y traerla á casa por la fuerza.

En seguida pensó en avisar á la tía Julia, reconociendo la imposibilidad de reunirse con su hermana.

La fugitiva había debido tomar sus precauciones, y sin duda se encontraba ya lejos.

La tía Julia se quedó consternada.

Nunca había sufrido un disgusto semejante, un desquiciamiento tan completo de la modesta felicidad en la que vivían las dos huérfanas y la anciana señora.

¿Por qué la Providencia, en quien se confiaba con tanto abandono, la combatía ahora tan cruelmente?